

DE LA DOMINICA OCTAVA POST PENTECOSTEM
 predicada á 16 Julio de 1741: 8 Julio de 1742: 28 Julio de 1743: y á 1 Agosto 1745.

Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in sua generatione sunt.
 Lucæ XVI. 8.

1. **A**quel Dios que tanto desea nuestra salvacion, para atraernos á su servicio, se vale de medios muy diferentes y al parecer opuestos. Muchas veces nos propone á nuestra imitacion los buenos ejemplos de los fieles: algunas otras nos representá la conducta de los mismos infieles. No solo los que llama S. Pablo (*Gal. vi. 10.*) domésticos de la fe, sino tambien los que habitan la region del error y de la iniquidad, se hallan empleados en los designios de Dios para alentarnos ó para confundirnos. ¿Quiere el Señor exortarnos á hacer penitencia? nos acuerda la de los Ninivitas, amenazandonos que ellos nos acusarán en el dia del juicio. Quiere inspirarnos una piadosa ansia de oír la divina palabra? nos trae el ejemplo de una reina idólatra, que sale de su patria para oír los oráculos y tomar los consejos de Salomon. Quiere manifestarnos el carácter de una fe verdadera? nos habla con elogio de la de aquella muger cananea y de aquel centurion romano, ilustrados entre las mas espesas tinieblas del paganismo.

2. En fin, si quiere el Señor enseñarnos la prudencia con que debemos aprovecharnos de las ocasiones de salvarnos que nos da su misericordia: en el evangelio de este dia nos describe las medidas que tomó un mayordomo ó procurador, para precaver las fatales consecuencias que podia acarrearle la indiscreta disipacion que habia hecho de los bienes de su amo. Yo no puedo, decia á sus solas, dar bien la cuenta que se me pide. Mi amo sin duda me quitará el manejo de su hacienda. Qué haré infeliz? Yo no aprendí oficio: no tengo fuerzas para trabajar en el campo: no me atrevo á pedir limosna. Qué haré? Qué? Ya lo he pensado. Llamaré á los deudores de mi amo, y entregándoles sus vales, al que debe ciento le diré que en otro confiese deber cincuenta, al que ochenta cuarenta; y así estos hombres ó por compasion ó por agradecimiento me asistirán en mi necesidad ó desamparo.

3. No puede negarse que fué injusto el pensamiento de este hombre: pero su amo le alabó de ingenioso (*Lucæ xvi. 8.*): *Laudavit Dominus villicum iniquitatis, quia prudenter fecisset.* Y Jesucristo nos propone su conducta, para que la imitemos sin injusticia en el negocio de nuestra salvacion: y concluye diciendo, que los hi-

jos del siglo son mas prudentes que los hijos de la luz: *Filii hujus sæculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt.* Verdad que la acredita la experiencia. Porque en el siglo se llaman prudentes aquellos que nada omiten de lo que puede contribuir á su fortuna ó satisfacer su ambicion: que se aprovechan de todos los medios posibles para subir ó para enriquecerse; aquellos á quienes nada parece despreciable como lo crean útil al logro de sus designios, y que se culpan á sí mismos si dejan pasar la menor ocasion favorable. Pero quiénes son los cristianos que ponen una solicitud igual á esta para adelantarse en la perfeccion y enriquecerse de virtudes y gracias? Son mas prudentes sin comparacion, diré segunda vez, los hijos del siglo que los hijos de la luz. Para que en vosotros, Oyentes míos, se cumpla el designio que tuvo Jesucristo en la parábola de nuestro evangelio: para que seais, quiero decir, verdaderamente prudentes, os haré ver en la primera parte de mi plática que la verdadera prudencia consiste en aprovecharse de todas las ocasiones que Dios nos facilita para salvarnos; y en la segunda, que el malograrlas es una imprudencia y ceguedad deplorable. Lo que ganan unos, y lo que pierden otros será todo el asunto de mis discursos, y de vuestra atencion.

Primera parte.

4. De ninguna manera podemos conocer mejor lo que ganamos, aprovechándonos de todas las ocasiones que tenemos de adquirir la santidad y la gloria, que considerando de donde provienen. Dios es sin duda, Señores, quien nos las facilita; porque ellas son aquellos talentos que el Padre celestial distribuye á su gusto y con equidad entre sus siervos, segun se explica Jesucristo en muchas parábolas evangélicas. Y así es vano el pretesto de aquellos que dejan pasar muchas ocasiones de convertirse á Dios, con el motivo de que son poco considerables y ménos oportunas. ¿No dimanan todas de nuestro gran Dios? Pues cómo por mínimas que parezcan pueden dejar de sernos muy preciosas? No os hablo, Señores, como podeis facilmente entender, de aquellas gracias extraordinarias con que Dios á costa de prodigios convierte á los Saulos y á los Jonas. No hablo de aquellas gracias especiales y victoriosas que arrebatan de golpe el consentimiento de una voluntad rebelde, que ya dócil sigue el movimiento de un espíritu superior que sin violentarla hace infaliblemente lo que quiere de ella. Hablo de las gracias de los medios de las ocasiones que Dios ordinariamente nos ofrece. Para unos lo es un buen libro cuya leccion les edifica y enternece: para otros lo es una desgracia que les hace conocer la inestabilidad de las cosas humanas: para estos lo es la muerte repentina de un amigo: para aquellos la voz de un predicador zeloso. Ocasiones todas que Dios en los inescrutables

juicios de su misericordia ó de su justicia nos dispensa para atraernos á sí, si nos aprovechamos de ellas, ó para convencernos culpados, si las malogramos: ocasiones todas que provienen no del casual concurso de causas segundas, sino de la sabia providencia del Padre de las luces que quiere despertarnos del letargo de la culpa, turbar con remordimientos la fatal paz de nuestra conciencia, y advertirnos nuestra obligacion.

5. Hacedis muy poco ó ningun aprecio de estas ocasiones ordinarias, los que quisierais recibir especiales gracias; y bajo el pretexto de que aquellas son débiles, aguardais para vuestra conversion otras mas fuertes. Pero en qué fundais vuestras esperanzas? En que otros lograron aquellas gracias vencedoras, que como decia ántes, de golpe sujetan la voluntad mas rebelde? Acaso os son debidos esos favores que como una lluvia voluntaria derrama Dios sobre su heredad? Porque estas ocasiones repetidas no causan en vosotros grandes efectos, las teneis en poco? Sabed pues, dice S. Agustin, que por ser infieles en eso que os parece poco, os haceis indignos de lo demas. Y sabed, añade S. Bernardo, que de cuanto Dios os ofrece para salvaros, nada debe pareceros poco.

6. Quién es el cortesano que no se tiene por muy feliz cuando logra que su príncipe le hable una palabra, ó le escuche un breve rato? ¿Mira con indiferencia estos primeros favores, ó los desprecia con el motivo de que otros grandes son mas favorecidos? Quién es el que apasionado á una mortal hermosura no se conmueve á la menor seña de su agrado? Qué gusto siente porque le permite ó verla ó acompañarla? Cuánto estima una flor ó cualquier don? Con qué cuidado cultiva aquellos favores, primicias de una amistad frágil y aun pernicioso? Bien conoce que todo en sí es nada; pero publica que le es sumamente apreciable por venir de aquella mano. ¿Y no han de ser de mayor aprecio para vosotros, Cristianos míos, todas las gracias que os dispensa Dios que es la soberanía la belleza la bondad misma? No fuera bastante que su magestad os mirara desde léjos? Qué estimacion se merecen los primeros pasos que el Señor da hácia vosotros? Qué suave debe seros, diré con Salomon (*Cant. 1. 3.*) el olor de los perfumes con que os atrae? Todavía no está dentro de vuestras almas; pero ya toca á sus puertas: abridlas, pecadores, al primer golpe que da el rey de la gloria.

7. Tambien conoceremos mas facilmente la prudencia con que debemos aprovecharnos de los auxilios que Dios nos envia, si consideramos que son medios que se dirigen á Dios como á su fin. Dios es el principio y el término: aquella perturbacion que sentís cuando estais en desgracia de Dios: la inquietud y el temor de la muerte: las luces que como relámpagos os hacen ver en la noche de la culpa que caminais en derechura á un precipicio inevitable, son los me-

dios ordinarios de que el Señor se vale para atraeros á sí por el camino de la virtud. Y si bien lo reparais, las mas célebres conversiones tuvieron estos principios. Va la Samaritana (*Joán. iv. 75.*) todos los dias á sacar agua de la fuente ó del pozo de Jacob. Uno de ellos sin pensar encuentra á Jesucristo que fatigado del camino le pide por merced una poca de agua. Ella desdeñándose de tratar con un judío, se niega á hacerle un tan corto obsequio. Replica el Señor; y oyendo ella lo que le dice, del desprecio pasa á la indiferencia, de la indiferencia á la curiosidad, de la curiosidad á la admiracion; y finalmente convencida de la razon se inmuta de suerte, que dejando junto al pozo vacíos los cántaros, se vuelve á su casa, como dice S. Máximo (*Hom. ult.*) llena de santidad: *Vacua videtur reverti ónere, sed plena revertebatur sanctitate.* De infiel y pecadora convertida en apóstol, predica á Jesucristo Mesías prometido.

8. Entra Antonio en la Iglesia á tiempo que se leen aquellas palabras del evangelio (*Matth. xix. 21.*): Si quieres ser perfecto, vende todo cuanto tienes, y dalo á los pobres. Y sin consultarlo con su edad ni con el mundo, las pone literalmente en práctica, y se va á la Tebayda á ser el asombro de los desiertos. Toman en sus manos dos cortesanos del emperador Constancio la vida que del mismo Antonio escribió Atanasio; y mirando en aquel espejo la fealdad de sus vicios, resuelven dejar el palacio para imitar en la soledad sus virtudes. Se pone á leer Augustino uno de los capítulos de la carta que escribió S. Pablo á los Romanos; y luego encuentra el desengaño que le determina á dejar las delicias y vanidades del mundo. Pide Ignacio de Loyola enfermó un libro de novelas con que entretenerse vana é inútilmente; y la providencia le trae un libro en cuyas hojas encuentra el mas provechoso desengaño.

9. Así, Señores, sirviéndose de las ocasiones mas comunes, se han formado grandes santos y grandes penitentes. Así por los caminos mas ordinarios han ido á Dios, y han hecho admirables progresos en la virtud. Estos son los caminos que Salomon (*Prov. iv. 18.*) compara á una luz que crece hasta que llega á formar un hermoso dia. Ellos son como la pequeña fuente de Mardoqueo (*Esther x. 6.*) que luego se convirtió en caudaloso rio. Figuras misteriosas que deben instruíros, Oyentes míos, y animaros á que os aprovecheis de las ocasiones de salvaros que Dios os ofrece. Si os resolvéis á buscar al Señor, decia un amigo de Job, si caminais en su presencia con un corazon recto, aumentará de suerte el mérito de vuestras obras, que habiendo sido pequeñas al principio, al fin serán grandes: *In tantum ut si priora tua fuerint parva, novissima multiplicentur nimis* (*Job viii. 7.*).

10. Ea, buen ánimo: toda la dificultad consiste en empezar: una vez que os aprovecheis de las primeras ocasiones que Dios os facilita

para convertiros, os colmará de abundantes gracias. Porque aunque á nada esté obligado por su soberanía; con todo por su misericordia observa con nosotros la conducta de recompensarnos el buen uso que hacemos de sus gracias con otras mayores, como lo declara en la parábola de los siervos del evangelio: pues al que se aprovechó de los talentos que le habia entregado, le dice: Corage, siervo fiel: ya que lo has sido en lo poco que te he fiado, te fiaré mucho mas para que crezca tu mérito y mi premio (*Matth. xxv. 21.*): *Euge serve bone & fidelis, quia in pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam.* Pero al otro siervo que fué tímido perezoso ó negligente, le quita el talento que le habia entregado, y le condena á las tinieblas de un infierno (*Ibid. 28. 30.*) *Tollite ab eo talentum & ejicite in tenebras exteriores.* ¡O Dios mio! Venerando vuestra misericordia, alabo la prudencia de aquel siervo fiel; y venerando tambien vuestra justicia, abomino de la imprudencia del siervo inútil. Procurad pues, Señores, disponeros á imitar á aquel siervo fiel en el negocio de vuestra salvacion; miéntras os hago ver en mi segunda parte la desgracia á que os sponéis si imitais al siervo inútil.

Segunda parte.

11. Siguiendo aquella misma parábola de S. Mateo que tiene tanta conexion con la de nuestro evangelio y con el asunto, os diré con S. Máximo: Que al modo que el padre de familias recompensando con liberalidad el buen uso que hizo el siervo fiel de sus talentos, castigó al otro con usura condenándole á grandes penas sobre quitarle el talento: así tambien Jesucristo dispensando nuevas gracias á los que se aprovecharon de las primeras, á los negligentes les quita su gracia, y de mas á mas les castiga: *Talentum suum necesse est, ut Christus requirat, solventibus gratiam réferat, non solventes injuriis subdat.* Muy poca ó ninguna reflexion habeis hecho, Señores, sobre esta verdad importante, los que habeis malogrado las ocasiones que habeis tenido de convertiros á Dios: los que como Herodes enviasteis á los Magos á buscar el recién nacido que una estrella propicia os demostraba, sin pensar en salirle al encuentro: los que como aquel gentil habeis diferido para otro tiempo el instruïros de las verdades que os anunciaban: los que habeis dejado pasar las mejores ocasiones de reformar vuestra depravada vida. Pero os aseguro que si no volveis sobre vosotros, ya no teneis que aguardarles: sereis mas infelices que aquellos con quienes Dios ha sido ménos liberal que con vosotros.

12. Y la razon nos la da el Espíritu Santo (*Eccli. xix. 1.*). Quien no hace caso de lo pequeño, dice, caerá poco á poco á lo sumo de la desgracia. Y en el mundo sucede lo mismo. De dónde provienen casi siempre las ruínas de las casas? No de la pérdida de un

pleito ó de otra casual desgracia, sino del mal gobierno de la familia y de la disipacion cotidiana de la hacienda. De dónde proviene por lo regular la muerte? No de una apoplejía ni de una calentura violenta, sino de un habitual desórden ó del descuido de curar una indisposicion que pareció leve. Asimismo, dice Casiano, la relajacion de las costumbres no proviene de los pecados enormes que cometeis, sino del descuido en aprovecharos de las ocasiones que teneis de ejercitaros en la virtud. Despues de haber malogrado una, malograis otra. Así adquirís la costumbre de no hacer obra buena. El espíritu poco á poco se disipa, el fervor se apaga. La austeridad de la vida cristiana horroriza: el placer embelesa: el ímpetu de las pasiones arrebatá: los remordimientos de la conciencia se sufocan: el temor de Dios cesa; y ultimamente desde el cielo como decia S. Bernardo, caeis á lo mas profundo del infierno.

13. Quién habia de creer que vendrian á parar á tan miserable estado los que ántes llevaban una vida al parecer regular? Con todo ello es así, y no puede dejar de ser. Porque la negligencia en aprovecharse de las ocasiones es manifiesta injuria á la gracia de Dios, y llega á ser desprecio del mismo Dios. El Señor que con poco se satisface, de poco á veces se irrita. Si no decidme; de dónde provino la reprobacion de Saul? De unas faltas al parecer ligeras. Le mandó Dios que no ofreciera el sacrificio hasta el arribo de Samuel, y que no perdonara á ningun Amalecita. Tardaba Samuel, y quiso anticipar el sacrificio: tuvo lástima del infeliz rey de Amalec, y no le quitó la vida. Pero luego oyó de la boca del profeta la terrible sentencia de que Dios le habia arrojado de su gracia y desposeído del reino de Israel: *Abiecit te Dóminus, ne regnes* (*I. Reg. xvi. 1.*).

14. Llamad ahora pequeña la injuria que haceis á Dios, despreciando sus órdenes y auxilios en el ejercicio de alguna virtud con el pretexto de pareceros poco importante, á vista del severo castigo que experimentó aquel rey ántes tan amado y tan favorecido. Mas no por eso penseis que el Señor os pide heroicidades para concederos su gracia y su gloria. No. Se agrada de una oracion corta y fervorosa, de un consejo tomado con docilidad, de una desgracia sufrida con paciencia, de una injuria perdonada con caridad, de una abstinencia que corrija al apetito, de una limosna hecha para merecer el perdon de vuestras culpas, de un gran cuidado en cumplir con las obligaciones de vuestro estado, de un verdadero deseo de servirle; y en una palabra, se da por satisfecho como decia Pablo, de que correspondais á los auxilios de su gracia: *Ne quis desit gratiæ Dei* (*Hebr. xii. 15.*).

15. Gran motivo de consuelo tener un Dios tan benigno, que se contenta con que recibais con estimacion sus mismos favores: con que seais tan prudentes y advertidos en el negocio de vuestra salva-

cion como lo son los hijos del siglo en sus intereses temporales. Si estos no dejan pasar ninguna ocasion favorable, sino que desde luego como dicen, la cojen de los cabellos, vosotros Oyentes míos, haced lo mismo. Aprovechaos de las ocasiones que Dios os facilita para asegurar vuestra felicidad eterna, y siendo una de ellas el estar en su presencia en este dia en que venerais á su santísima Madre con la invocacion del Cármen, pedidle que por su intercesion os perdone todas vuestras culpas. No hemos, Señor, de levantarnos de vuestros pies, ménos que no nos hagais esta gracia. Ya que descubrimos al original de aquella nubecilla que vió el profeta Elías (*III. Reg. xviii. 44.*) salir de entre las ondas del mar, y derramar despues tal abundancia de agua que humedeció y fecundó las secas estériles campañas de Israel: ya que vemos, digo, á vuestra santísima madre María protectora y abogada nuestra, lluevan sobre nosotros vuestras bendiciones vuestra gracia, con que arrepentidos de corazon os digamos, &c.

Un año que en esta dominica se celebraba la fiesta del Angel Custodio, la plática se concluyó como sigue:

16. Aprovechaos de los favores que Dios os dispensa para facilitaros el logro de vuestra felicidad eterna; y siendo uno de ellos el que haya destinado para cada uno de vosotros un Angel Custodio que os dirija y os defienda, no querais malograrle. Qué estimacion se merece tanto favor? ¿Un espíritu celeste deja la córte de su príncipe soberano para bajar á ser soldado de guardia de un hombre? ¿O dicha inefable! O infinita dignacion de mi Dios! O valeroso soldado de los ejércitos del Rey de la gloria! No solo aprecio tu compañía, sino que me confunde tu fineza. No me desampares, Angel soberano, no te ausentes de mí. Dirige mis pasos, inspírame aciertos y prudencia, llévame á los pies de tu dueño y dueño mio, para que postrado, arrepentido, &c.

JACULATORIAS.

17. Dulcísimo Jesus! Mas cuidado me han debido los intereses temporales de este mundo, que el importante negocio de mi salvacion. Qué imprudente, qué loco he sido! Ya reconozco mi error, y arrepentido os digo de lo íntimo del corazon, que me pesa de haberos ofendido.

Benignísimo Jesus mio! El mal uso, el desprecio que he hecho de las muchas ocasiones que me habeis dado para emplearme en vuestro servicio, merece vuestra indignacion. Pero compadézcase vuestra piedad de mi miseria. Tened, Señor, misericordia de mí.

¡Amabilísimo Jesus, Dios soberano! Reconozco que todos los

medios de salvarme vienen de vuestras liberales manos: ¿cómo puedo dejar de hacer el mayor aprecio de ellos? Continúadme, Señor, vuestros auxilios, que ofrezco emplear en vuestro servicio. Agradecido os amo mas que á mi alma, y por ser quien sois me pesa de haberos ofendido.

P L Á T I C A LXXXIX.

DE LA DOMINICA VIII. POST PENTECOSTEM

predicada á 16 de Julio de 1747.

Redde rationem villicationis tuæ, non enim poteris ultra villicare.
Lucæ XVI. 2.

1. Según el consejo del máximo intérprete de la sagrada escritura S. Gerónimo, no debemos reparar en todas las voces de las parábolas evangélicas, sirviendo muchas de ellas al adorno y al contesto; sino que debemos atender el designio que tuvo Jesucristo al proponerlas; porque de su inteligencia depende nuestra instruccion y aprovechamiento. Así vemos, que en la parábola de las diez vírgenes se propuso despertar nuestra vigilancia con el castigo de las cinco perezosas y el premio de las cinco diligentes, para que en todo tiempo estemos prevenidos á comparecer delante de su magestad que vendrá á juzgarnos cuando ménos pensemos. Así tambien en la parábola de aquel criado que fué condenado á una cárcel perpetua, porque despues de haberle perdonado su amo diez mil talentos no quiso perdonar á otro ciento que le debia, nos dió á entender el Señor, que para alcanzar su misericordia debemos usar de ella con nuestros prójimos.

2. Pero no puedo negar que á veces en una misma parábola se descubren dos designios, como sucede en la del evangelio de este dia. Pues nuestro divino maestro nos dice en ella, que un hombre rico fió el manejo de su hacienda á un mayordomo que en lugar de recaudarla la disipó; y que advertido el dueño de su infidelidad le pidió estrecha cuenta, y le quitó la administracion: *Redde rationem villicationis tuæ; non enim poteris ultra villicare.* Con lo cual nos manifiesta el Señor claramente que nos pedirá cuenta de los bienes que nos ha entregado para que los empleemos en su servicio, al mismo tiempo que con la vida nos quitará su uso y su dominio. Mas continuando la misma parábola se descubre otro designio; pues nos dice Jesucristo que aquel ecónomo ó mayordomo estrechado de la cuenta que se le pedia, y de la pobreza que le amanzaba, pensó modo como con la misma hacienda de su dueño se grangeara amigos que

que despues le ampararan en su necesidad. Y aunque cedia en perjuicio de su dueño, con todo este le alabó de prudente, segun nos dice el Señor, y luego concluye exortándonos á que con los bienes y riquezas que nos dió Dios, distribuyéndolas entre los pobres, hagamos de ellas unos amigos que nos llevan á los cielos: *Fácite vobis amicos de mammona iniquitatis: ut cum defeceritis recipiant vos in æterna tabernacula* (*Lucæ xvi. 19.*).

3. Y ahora reparo que si bien se mira, esta parábola tiene un solo fin, que es el de movernos al buen uso de los bienes que Dios con mano liberal nos dispensa, aunque son dos los medios de que se vale para conseguirlo. El primero es amenazarnos con su justicia en la estrecha cuenta que ha de tomarnos despues de la muerte. El segundo es ofrecernos su misericordia en premio de la que tengamos con nuestros prójimos. Pero yo no puedo comprender á entrambos en el discurso de una plática; y así habiéndoos asegurado en el último domingo, que la misericordia de Dios es propicia con los que distribuís los bienes en socorro de los pobres, pienso proponeros esta tarde á su justicia terrible con los que los empleais en ofensa suya. Y discurro, pecadores, que habeis de amedrentaros y mudar de vida, si acierto á ponderaros la estrecha cuenta que Dios ha de pedirnos.

Asunto.

4. Las palabras con que Salomon concluyó el libro del Eclesiastes son las mas propias para acabar de persuadiros el desprecio que se merecen las cosas del mundo, que es el intento que se propuso en aquel libro de desengaños. Porque nos acuerdan la noticia de que Dios despues de la muerte ha de llamar á todos los hombres á juicio, para tomarles cuenta del bien ó del mal que obraron en su vida. Noticia á la verdad por si sola capaz de contenernos en los términos de nuestra obligacion, y noticia tan cierta, que con las luces de la razon natural la tuvieron los filósofos gentiles. Pues Ciceron dijo que en comun sentir de los sabios, los impios tenian prevenido castigo en los infiernos. Y Alejandro de Anfrodisia en su carta á Antonino Pio se explicó de esta suerte: Si Dios no tiene cuenta del bien y del mal que hacen los hombres, será porque no sabe lo que en el mundo pasa; ó porque sabiéndolo no puede premiarlos y castigarlos segun se merecen; ó porque sabiéndolo y pudiendo no quiere hacerlo. Si dices que Dios no sabe lo que en el mundo pasa, le quitas la sabiduría: si dices que no puede premiar á los buenos y castigar á los malos, le quitas el poder: si dices que no quiere, le quitas la justicia, la gratitud y la providencia, y haces á Dios de una naturaleza invidiosa y inicua.

5. Pues si así hablaba un gentil con otro gentil, segun los principios-

cipios de la filosofía, ¿ con cuanta mas razon, Cristianos míos, debemos nosotros ilustrados con las luces de la fe, tener presente que Dios lleva una exacta cuenta de lo que hacemos, para tomárnosla en el día de nuestra muerte? Si entendieramos lo contrario faltaríamos á la fe y á la racionalidad, y podríamos con el vulgo de los idólatras venerar á los peñascos á los troncos, como á Dios; pues lo mismo de este que de aquellos tendríamos que temer y que esperar. Mas no cabe en vosotros un error tan pernicioso y tan grosero; aunque puede ser que alguno, como el otro lascivo, de quien habla el Eclesiástico (xxiii. 25.) se atreva á decir: Quién me ve? Ocultándome las tinieblas y las paredes á los ojos de los hombres, qué me acobarda ni averguenza? Dios no se acordará de mis delitos. O á lo ménos aunque no os atrevais á proferir semejante atroz blasfemia, tal vez alguno ó algunos de vosotros conociendo y confesando que habeis de dar á Dios cuenta, vivís como si no hubierais de darla, como aquel mayordomo del evangelio que habiendo disipado los bienes de su dueño, quedó alcanzado en la cuenta.

6. Por eso, para que no os suceda lo mismo, os prevengo de parte de Dios, que cuando ménos penseis os dirá como al mayordomo del evangelio: Venid á juicio: dadme cuenta de los bienes que de mi órden habeis administrado: *Redde rationem villicationis tuæ*. Y este juicio, Señores, aunque particular y privado, tendrá todas las circunstancias que se requieren para que sea formidable; porque en él intervendrán acusadores testigos y juez, que ha de sentenciar visto el proceso de vuestra vida. Los acusadores serán los demonios que nada omitirán para que seamos condenados. Los testigos serán los ángeles que fuéron nuestras guardias de vista y inseparables compañeros. Testigo será nuestra propia conciencia que vale por mil. Testigo será el mismo juez, segun él dice de sí propio (*Jer. xxxix. 23.*). *Ego iudex et testis*. Y testigo contra quien no podreis alegar excepcion alguna; porque, como decia el mismo Eclesiástico (xxiii. 28.) rebatiendo la loca necesidad de aquel lascivo, los ojos del Señor mas resplandecientes que el sol ven los pasos que damos y registran los senos mas escondidos de nuestro corazon.

7. Ahora bien, suponiéndonos, Oyentes míos, reos llamados á juicio, qué haremos? *Quid igitur faciam?* Qué haremos? Qué méritos podremos alegar, qué patronos ó abogados podrán defendernos? Qué responderemos, cuando comenzando el proceso de nuestra vida, nos pregunte el Señor de los bienes temporales que nos concedió? No es verdad, dirá á los ricos, que muchos hubieran tenido á gran regalo alimentarse de las sobras de vuestra mesa? No es verdad, que muchos estuvieron oprimidos de la hambre y de la desnudez, mientras vosotros disfrutabais muchas riquezas? Pues por qué no socorristeis su miseria? En qué los empleasteis? A esta pregunta respon-

derán unos , que mirando á los bienes como patrimonio propio heredado de sus padres ó adquirido con su industria y trabajo , lo emplearon á beneficio suyo y de sus hijos , persuadidos que no tenían obligacion de dar limosna. Responderán otros (porque allí la conciencia precisa á decir verdad) responderán otros , que emplearon las riquezas en galas en banquetes en fábricasuntuosas en pompas y vanidades. Y luego el Señor sin pasar mas adelante pronunciará contra unos y otros la terrible sentencia que leemos al capítulo XXV. de S. Mateo: Id malditos al fuego eterno: pues estuve hambriento y no me disteis de comer: estuve sediento y no me disteis de beber. Y ¿ qué dirán aquellos ricos que emplearon sus riquezas en combatir la honestidad de las doncellas viudas y casadas , haciendo de los beneficios de Dios armas con que invadir su reino y aumentar el del demonio? Qué dirán? Confesándose culpados , se sepultarán en los abismos.

8. Y aunque habiendo sido misericordiosos con los pobres , podáis satisfacer al primer cargo que el Señor os haga; sin embargo no teneis que daros por libres. Porque continuará su magestad pi-diéndos razon y cuenta de los bienes espirituales que os dispensó, de los socorros de la fe del bautismo de los sacramentos de los buenos consejos sermones y inspiraciones , con que tantas veces tocó á la puerta de vuestro corazon para despertaros al ejercicio de las virtudes. Y si aun este cargo te parece ligero , cristiano mio , qué responderás cuando el Señor te diga: Dame cuenta del provecho que has sacado de mis afrentas bofetadas espinas y azotes , de mi sangre y de mi muerte. Porque todo lo padecí para bien tuyo. Con tanto trabajo te busqué; á tanta costa te redimí: con estos beneficios quise ganar tu voluntad , y con mis ejemplos de virtud procuré moverte á la imitacion. Y tú qué aprecio has hecho de mis finezas? Cómo has correspondido á mi amor? En qué ejercicio de virtud has empleado los años los meses y los dias? *Redde rationem villicationis tuæ.* Dame cuenta de todos los instantes de tu vida , del empleo de tus sentidos , de la menor palabra y pensamiento ocioso: *Redde rationem villicationis tuæ.* Qué cuenta tan terrible! Cuán difícil es que la data corresponda al cargo!

9. Pues crecerá el terror y la dificultad , si contemplais , Señores, que Dios no solo os pedirá cuenta de vuestras obras , sino tambien de las de vuestros hijos y criados; siendo vosotros responsables en el tribunal de Dios de lo que ellos hicieren. Porque S. Pablo dijo en su carta á Timoteo (*I. Tim. v. 8.*) que los que no tienen cuidado de sus domésticos negaron la fe y son peores que infieles. Y en el libro de los Reyes (*I. Reg. ii. 29.*) leemos , que la negligencia del sumo sacerdote Helí en la educacion de sus hijos acarreó á ellos , á sí mismo y á todo el pueblo la mayor ruína. ¿ Pues porqué no teneis que

os suceda lo mismo, padres descuidados en la crianza de vuestros hijos? Porqué no los instruíis bien en las obligaciones de cristianos? Porqué no los corregís? Y si importa, porqué no los castigais? Porqué en sus primeros años les permitís travesuras, que con la edad pasan á insolencias? Porqué el mismo amor que les teneis no os obliga á practicar las mas vivas diligencias para que sean buenos? Y ya que el amor no os mueva, muévaos el temor de la cuenta que habeis de dar á Dios de sus maldades. No querais condenaros por ellas, que harto hareis de no salir condenados por las vuestras. Porque; ay Fieles míos! ¡cuántos motivos tenemos para temer nuestra condenacion, si consideramos la gravedad de nuestras culpas, y la justicia del juez que ha de juzgarnos! ¿Qué haremos, vuelvo á decir, cuando el ángel nos lleve á aquel severo tribunal? *Quid igitur faciam?* Qué diremos? A qué parte nos volveremos á implorar socorro? *Quid sum miser tunc dicturus, quem patronum rogaturus, cum vix justus sit securus.* Porque justo era S. Cipriano, inclito confesor era de la fe de Cristo, preso estaba en una cárcel destinado al martirio, y sin temer á la muerte, temeroso del juicio, clamaba: ¡Ay de mis pecados! A qué monte he de decir, Señor, que caiga sobre mí, y que me oculte de vuestra presencia? *Væ peccatis meis? Cui monti dicturus sum, Dómine, ut cadat super me?* Pues si un Cipriano invencible á los tormentos temia el juicio: si una víctima tan hermosa reusaba ponerse delante de los ojos de Dios: ¿qué hacemos nosotros cobardes, y afeados con tantas culpas? Somos estólidos insensibles, si no nos estremecemos al eco de la voz con que el Señor ha de llamarnos á juicio: *Redde rationem villicationis tue.*

10. Otro ejemplo de temor no ménos admirable que el de S. Cipriano, nos da Job (x. 20. 21.) diciéndole á Dios: Dejadme, Señor, que llore un poco mi dolor ántes que vaya á la tierra tenebrosa, cubierta con las sombras de la muerte. Porque contemplad quién era Job, y os admirareis de que temiera la cuenta que habia de dar á Dios. ¿No era aquel varon justo, que por testimonio del Señor no tenia semejante en la tierra? No era aquel varon misericordioso, que pudo decir: Fuí padre de los pobres, serví de ojos al ciego, de piés al cojo? No era aquel varon inocente que pudo decir: Ni me acusa, ni me remuerde mi conciencia? No era aquel varon pacífico, que acosándole y abrumándole de tropel calamidades que no han visto los siglos otras iguales, no desplegó los labios para quejarse de Dios, ni profirió palabra que pudiera ofenderle? Pues este mismo varon le pedia al Señor plazos, y que alargara el tiempo de la cuenta: porque queria ántes llorar sus culpas: *Dimitte me, ut plangam pávulum dolorem meum, antequam vadam ad terram tenebrosam, & opertam mortis calígine.*

11. ¿Qué mas puedo decir, Oyentes míos? Qué corazones, qué

peñascos, qué rocas no se quebrantan al golpe de estos ejemplos? Llamo al cielo, á la tierra y al mar por testigos de nuestra dureza y ceguedad. Porque si es el mismo el juicio con que Dios nos amenaza, que el que temieron Job y Cipriano: si es la misma la eternidad de los gozos y de las penas que se nos proponen que la que se propuso á aquellos santos: si el último dia de nuestra vida ha de decidir para siempre nuestra suerte, como decidió la suya: viendo cuan temerosos estaban ellos, quanto procuraron prevenirse para la muerte, y para el juicio: ¿cómo nosotros, que somos reos de tantas culpas, que hemos servido al mundo, no á Dios, y hemos procurado agradar á aquel, no á este: cómo nosotros, que atendidos los méritos de nuestra causa, no podemos sino esperar que Dios nos condene, cómo dormimos á sueño suelto? Quién nos ha alucinado? Quién ha perturbado nuestro entendimiento de suerte que jamas pensemos en el juicio? Cómo amedrentados, y aun persuadidos que si Dios ahora nos llamara, nos condenaria, no le pedimos que difiera el plazo á la cuenta? *Dimitte me, ut plangam púululum.*

12. Parece que estoy oyendo como me decís, que temeis mucho al juicio, y que por él, no por otro motivo temeis á la muerte, y que por lo mismo le pedís á Dios que os alargue la vida. Mas para qué? ¿Para llorar vuestras culpas, para mejorar de costumbres, para recompensar con buenas obras las malas que habeis hecho? Si eso fuera, alabara vuestro temor y vuestra piedad como la de Job. Pero no es así; sino que pedís á Dios largos años de vida, porque estais bien hallados con las riquezas con los deleites y vanidades de este mundo, y sentís perderlas de vista. Y me persuado que tan prevenidos compareceis en el tribunal de Dios dentro de dos ó tres ó mas años como ahora mismo. Porque el miedo que teneis no es un miedo santo, un miedo eficaz, como el que tienen aquellos que sabiendo que en el camino les aguarda su enemigo, van con armas bastantes para vencerlo; sino que vuestro miedo es vil, estéril, que os acobarda y no os enmienda; pues así vivís y caminais, como si al cabo de vuestra vida no hubierais de encontrar á un severo juez que os juzgue y os condene.

13. ¡O qué lastimosa, pecadores, qué fatal será vuestra desgracia! Porque con la vida perdereis todos los bienes, y la libertad de merecer con su buen uso la gracia del Señor, segun lo dió á entender en persona del dueño de nuestro evangelio, diciéndole al mayordomo que le quitaria la administracion de su hacienda (*Lucæ xvi. 2.*): *Non poteris ultra villicare.* No penseis pues que entónces os suceda lo que á muchos procuradores, que alcanzados en su cuenta continuan por la benignidad de sus principales en la procura, con cuyo salario satisfacen la deuda. No. La cuenta que nos pedirá Dios será final. Con la muerte se acabará el tiempo de pagar y de satisfa-

cer la deuda de nuestras culpas. Mientras vivimos tienen lugar los ruegos los ayunos las limosnas las penitencias los méritos, y tiene lugar la misericordia de Dios para con nosotros; y así procuremos alcanzarla con aquellos medios ahora que podemos usar de ellos. Ahora que es de día trabajemos, como decia el Espíritu Santo, en nuestra salvacion (*Joan. xii. 35.*): *Ambulate dum luceam habetis*. No aguardemos á que venga la noche, y con ella las tinieblas que nos condenen á la mas miserable ociosidad.

14. No, Cristianos míos. Abrid ahora mismo los ojos de la razon y de la fe para considerar atentamente la rigurosa cuenta que habeis dar á Dios. Estremeceos á vista del peligro de quedar condenados; y para evitarlo comenzad á llorar vuestras culpas, y continuad llorándolas todo el resto de vuestra vida. No dilateis para lo último la penitencia: procurad aplacar desde luego la divina justicia con buenas obras, y singularmente con obras de misericordia (*Luc. xvi. 9.*): *Fácite vobis*, os diré con las palabras con que concluye Jesucristo la parábola del evangelio: *Fácite vobis amicos de mammona iniquitatis; ut cum defeceritis recipiant vos in æterna tabernacula*. Haced de los pobres con las riquezas que les diereis unos amigos que os conduzcan á los eternos tabernáculos. Bien podeis fiar de su amistad y patrocinio el que os concilien propicia la misericordia de Dios en el tribunal de su justicia. Porque así como aquellas pobres viudas enseñando á S. Pedro los vestidos que les habia dado la piadosa Tabita, le movieron á que la resucitara: así tambien los pobres enseñando á Dios las limosnas que les hicieris, le moverán á que os restituya á la vida de la gracia. Así como la sangre de Abel derramada en tierra clamaba á Dios venganza contra el fraticida Caín: así tambien las limosnas espendidas con los pobres, clamarán por vuestro perdon á la misericordia de Dios; y serán tanto mas bien oídas sus voces, cuanto el Señor es. mas propenso al perdon que á la venganza. Ea proponed Fieles míos, ser misericordiosos con los pobres; y para que el Señor comience á serlo con nosotros, digámosle arrepentidos que nos pesa de haber pecado. Pésanos amabilísimo Jesus, de haberos ofendido: tememos los rigores de vuestra justicia: imploramos vuestra misericordia &c.

DE LA DOMINICA NONA POST PENTECOSTEM
 predicada á 15 Julio 1742 : 4 de Agosto 1743 : y 23 de Julio 1747.

Si cognovisses Es tu, Es quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi: nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis... Eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ. Luc. XIX. 42.

1. ¡ qué reprehensiones, qué amenazas, qué lamentos son estos! ¿A quién reprende, á quién amenaza, de quién se lamenta Cristo señor nuestro en las palabras del evangelio que habeis oído? Reprende el Señor, Oyentes míos (quién lo creyera!) á la ciudad de Jerusalem, porque habiéndola gobernado con sus leyes, protegido con su amparo y colmado de beneficios, le ha desconocido y ultrajado. La amenaza de que llegará el tiempo en que sus enemigos los romanos la sitien, la tomen y la demuelan en castigo de su obstinacion. Y ultimamente se lamenta y llora la inevitable fatal ruína de aquella ciudad, sorda á sus avisos é inspiraciones.

2. No podemos negar que Jesucristo reprende amenaza y castiga con razon á Jerusalem; porque es inexcusable su infidelidad. No puede alegar ignorancia; pues la hace conocer claramente su voluntad con las leyes que la impone: su justicia con los castigos que la envia: su omnipotencia con los milagros que obra: y su misericordia con los avisos é inspiraciones que la da; y con todo ella se obstina mas y mas en cerrar los ojos para no ver y conocer á su Dios y redentor: *Si cognovisses Es tu. ¡Ah Jerusalem! Ah infeliz Jerusalem! Demolida arrasada por los emperadores Vespasiano y Tito, arrancas de nuestros corazones las lágrimas, para que lloremos amargamente tu desgracia, como la lloró el Señor en este dia (Luc. xix. 41.): Videns civitatem flevit super illam. Mas ay! no lloreis, cristianos míos, sobre Jerusalem: llorad tened lástima de vosotros mismos, que os hallais comprendidos en la propia culpa y desgracia que aquella ciudad. A cada uno de vosotros reprende Jesucristo, porque no le conoceis, siendo así que os busca visita y favorece no ménos que á su ciudad de Jerusalem: Si cognovisses Es tu. Y á vosotros amenaza con la desolacion del espíritu, con la subtraccion de sus auxilios en castigo de no haberle conocido cuando vino á visitaros: *Nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis... eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ.**

3. Así nos lo dan á entender los santos padres en sus homilias sobre nuestro evangelio; y por eso mismo intento hacerlos ver esta tarde la grave culpa que cometeis, y la gran desgracia en que incurris desconociendo y rechazando las inspiraciones con que Dios os

favorece. Lo que vosotros haceis contra Dios resistiendo á sus auxilios, y lo que Dios hace contra vosotros en castigo de haberles resistido, dará todo el asunto á las dos partes de mi plática. Confieso que es muy semejante ó casi el mismo que el del domingo pasado; pero es el mas propio, por otra parte de suma importancia, y así me ha parecido repetirle, alegando para acabar de convenceros otras razones diferentes de las que os propuse el otro dia.

Primera parte.

4. Aunque os he hablado muchas veces, y os hable hoy de los auxilios de la divina gracia, no penseis que sea tomando partido en las cuestiones escabrosas que se controvierten en las escuelas, ni valiéndome de aquellos términos metafísicos que se oyen en las cátedras. Porque me he propuesto hablaros de la gracia de Jesucristo del mismo modo que la defendió S. Agustin contra el ingrato Pelagio que la impugnaba. Ni ménos penseis que no os importe á todos tener alguna noticia de este dogma de nuestra fe. Si eso fuera, pudieris dar por vanos é inútiles innumerables discursos que hizo S. Agustin á sus feligreses, hombres y muges, doctos é indoctos. Deschad, si la teneis, Oyentes míos, una preocupacion tan ruda; y oíd como brevemente os explico la diferencia que hay entre la gracia habitual, y la gracia actual.

5. La gracia habitual santificante ó justificante es una cualidad sobrenatural, que intrinsecamente recibida en nuestras almas, las purifica de la mancha de la culpa y las hermosea. Una gracia de reconciliacion, que nos reconcilia con Dios ántes enemigo nuestro por el pecado. Gracia de union, que nos une con Jesucristo, como lo están los miembros vivos con su cabeza. Gracia de adopcion, que nos constituyé hijos de Dios y herederos de su reino, y por eso se llama formal participacion de la naturaleza divina. Las gracias actuales ó auxiliantes, son aquellos auxilios ó socorros que Dios nos envia para que hagamos penitencia si somos pecadores, ó para que adquiramos mas gracia habitual si somos justos. Estas, unas son exteriores Oyentes míos, como los sermones que os predicán, los buenos consejos que os dan, las repentinas muertes de otros que os asustan, las propias enfermedades y desgracias que os amedrentan. Otras son interiores, como las ilustraciones con que Dios alumbrá vuestro entendimiento para que conozcáis el bien y el mal, y aquellas inspiraciones ó impulsos con que excita mueve y determina vuestra voluntad para que ameís lo uno y aborrezcáis lo otro. Unas y otras gracias son voces con que Dios os llama, visitas que os hace, socorros que os envia.

6. Alabad Fieles míos, la infinita misericordia de nuestro Dios, que solo por su bondad sin merecerlo vosotros, ántes bien desmere-

ción-

ciéndolo, os busca cuando mas perdidos; os alumbra cuando mas ciegos; os inflama cuando mas tibios, os fortalece cuando mas flacos; pero al mismo tiempo llorad con Jesucristo la ingratiitud de muchos cristianos que á imitacion de los judíos desconocen y desprecian estas gracias que el Señor les hace; y para evitar tan grave culpa, atended miéntras os señaló las tres funestas causas de su infame correspondencia.

7. La primera causa de que muchos malogran los auxilios de la divina gracia es su ignorancia. Porque ¿ cuántos ignoran lo que son los socorros que Dios les envia para que se animen á salir del infeliz estado de la culpa? Cuántos no reparan que las correcciones fraternas los ejemplos trágicos los sueños espantosos los remordimientos de la conciencia, y todo lo que ántes dije, son dones y auxilios de Dios? ; O si vosotros Oyentes míos, lo conociereis así: *Si cognovisses & tu*, qué aprecio hicierais de todas esas gracias absolutamente necesarias para comenzar y concluir la gran obra de vuestra santificacion!

8. Porque bien podeis ser santos, privados de todos los bienes de la tierra y separados de todos los hombres; pero no podeis serlo sin los socorros del cielo y en ausencia de Dios. No podeis serlo, mémenos que haciendo reflexion sobre la enormidad de vuestras culpas no os sintais conmovidos de aquel temor que es el principio de la sabiduría: mémenos que poniendo los ojos en la infinita bondad de Dios no tengais una humilde confianza que ha de perdonaros por los merecimientos de Jesucristo, y no le ameís como fuente de toda justicia segun se explican los padres del Concilio de Trento. Y esto lo conseguireis á beneficio de las inspiraciones y gracias actuales de que os hablo: gracias que os preparan y os excitan al amor perfecto de Dios: gracias que os ayudan á lograr con su amistad la mayor dicha: *Si cognovisses & tu*. Ah! Si lo conocierais! Pero una ignorancia crasa afectada y maligna es la primera causa de vuestra infidelidad y mala correspondencia.

9. La segunda es la inaccion y la ociosidad. Pues á muchos sucede lo mismo que á la esposa de los Cantares (*Cant. v. i. ad 6.*) la cual bien conoció la honra que la hacia su amado en ir á visitarla: estaba convencida que sus visitas la eran no mémenos honrosas que necesarias; y con todo pudo mas su negligencia que su obligacion. No se atrevió á despedirle descortés; pero con el pretesto de que no estaba calzada ni vestida tardó á abrir la puerta á su esposo que enfadado no quiso aguardar á que saliera. Ah indiscreta perezosa! dice Hugo de S. Victor. Qué frívolas son tus excusas! Qué cara te costará tu pereza! Cuando salgas ya no encontrarás á tu amado: *Declinaverat atque transferat*. Y lo mismo diré de aquellos cristianos que por no levantarse á las ocho de la mañana dejan de comulgar y de oír una misa solemne en los dias mas sagrados: de aquellas que por

el calor ó por el frio , por el paseo ó por la visita dejan de venir al templo á adorar á recibir gracias y favores de ese divino esposo enamorado de sus almas. Qué indolencia! Qué desórden! El Dios de la magestad toca á las puertas de vuestro corazon , y no salís á abrirle ! El criador os convida á su casa , y no venís por ver á las criaturas !

10. Y no para aquí la maldad. No solo los cristianos ignorantes desconocen los auxilios de la divina gracia : no solo negligentes los malogran sino que insolentes los resisten y rechazan : tercera causa que agrava mas su culpa , y que llevó al extremo la ingratitud de los judíos. Muchos de ellos segun el testimonio del evangelista S. Juan (I. 10.) desconocieron á Jesucristo cuando fué á visitarlos y redimirles : *Et mundus eum non cognovit*. Otros oyeron sus sermones , admiraron sus prodigios ; pero frios irresolutos se volvian á sus casas impenitentes : *Mirabantur , & non convertebantur* ; y finalmente , despues casi todos le aborrecieron ultrajaron y condenaron á muerte.

11. Me persuado que os horroriza Oyentes míos , la atroz infidelidad de los judíos ; pero sin pensarlo os haceis cómplices en ella siempre que resistís á los auxilios de la divina gracia , siempre que cerrais los ojos á las luces con que Dios os alumbra , los oídos á las voces con que os llama , y el corazon á los golpes con que toca. Quando encenagados en el lodazar de la impureza no veis los escarmientos , y á pesar de las voces con que el Bautista como á Herodes , os dice que no es lícito gozar de la muger agena , perseverais en una torpe criminal correspondencia : cuando esclavos del interés no os resolvéis á restituir lo mal ganado y á dar limosna á los pobrecitos lázaros por mas que un rico avariento os predique desde el infierno desengaños : cuando iracundos no deponéis el ódio , respirais venganzas contra los mas desvalidos aunque la escritura os proponga los ejemplares trágicos de los crueles Antíocos Atalías y Jezabeles : entónces debo deciros lo que S. Estéban á los jerosolimitanos (*Act. vii. 51.*) : *Dura cervice & incircumcisis córdibus , vos semper Spiritui Sancto resistitis*. Rebeldes de dura cerviz de un corazon incircuncidado , vosotros haceis resistencia al mismo Espíritu Santo. Entónces debo deciros lo que Jesucristo en nuestro evangelio á los mismos jerosolimitanos. Debo amenazaros con el severo castigo que os haré ver en la

Segunda parte.

12. La funesta desgracia de los que resisten á los divinos auxilios consiste en que Dios enojado les priva de ellos : *Nunc autem abscondita sunt ab óculis tuis* , y en que les abandona al furor de sus enemigos los demonios : *Inimici tui circumdabunt te vallo* (*Luc. xix. 43.*). La rebelde ciudad de Jerusalem destituida de socorros y tomada por los romanos nos lo persuade ; y vosotros experimentaréis una

y otra desgracia si resistís á los divinos auxilios. Os privará Dios de ellos. Qué lástima! Ya es por sí mismo bastantemente fatal el malogro de una inspiracion; pero inevitable con la resistencia. Porque las gracias actuales á diferencia de la habitual que es una forma permanente en nuestras almas, son flúidas rápidas pasajeras. Así son en verdad, y así lo entendió Orígenes reparando en que Dios se dejó ver de Abraán como un caminante, de Isaías como un correo, de Jeremías como un torbellino, de Ezequiel como una rueda, de Juan como una nube: símiles todos que declaran la priesa con que pasan las divinas inspiraciones. Descuidaos pues un poco Oyentes míos, y se malograron. Malograd las primeras, que tal vez no lograreis segundas.

13. Porque el mismo Dios que por su bondad graciosamente nos franquea los auxilios de su gracia, justo los retira, los esconde en castigo de nuestra resistencia: *Nunc autem abscondita sunt ab óculis tuis.* De ahí nace que muchos pecadores están como estúpidos insensatos inmóviles. Ni oyen las voces del cielo ni ven los rayos del sol de justicia ni sienten los golpes de la divina mano. Ya á sus oídos penetrados del aire de la vanidad no sopla el céfiro del divino Espíritu: ya no cae en su corazon impuro el celestial rocío de la gracia: ya el omnipotente escarmentado del poco fruto que ha producido en sus almas la semilla evangélica no la arroja, retira la mano. Ellos sin que la conciencia los remuerda ni el infierno los amedrente, comen duermen pasean viven á su parecer en una paz octaviana, gozan de una serenidad segura. Mas ah infelices! Perdisteis la razon y el sentido! Estais en poder del demonio sin armas sin auxilios sin socorros para vencerle en el trance de la muerte: os hallais en medio del mar sin norte que os gué en la borrasca que os amenaza. Pereceréis sin remedio: *Nunc autem abscondita sunt ab óculis tuis.*

14. A esta substraccion de sus auxilios con que Dios castiga á los rebeldes pecadores se sigue inmediatamente la otra desgracia de abandonarlos al poder de sus enemigos los demonios. Así lo ejecutó con la infiel Jerusalem. Apénas dejó de protegerla, cuando dió lugar á que los romanos la sitiaran asaltaran tomaran y arruinaran. Me affijo, y aun lloro con Jesucristo cada vez que leo la exacta relacion que hace Flavio Josefo del sitio y pérdida de Jerusalem; pero ahora contemplo que me toca mas de cerca la lástima de la calamidad que padece un alma destituida de los auxilios de Dios y entregada á manos de los demonios. Ellos astutos enemigos, viendo al alma rebelde á su Dios privada de sus socorros, la sitian la circuyen por todas partes de ocasiones peligrosas de objetos provocativos: luego asestan sus baterías de donde disparan ó sugieren deseos ambiciosos torpes pensamientos: abierta la brecha la asaltan entran; y qué hostilidades no cometen? Inmediatamente la saquean de las pocas virtudes

adquiridas que conservaba: la derriban hácia la tierra con el peso de las pasiones que cae sobre ella: no dejan piedra sobre piedra del espiritual edificio que fabricó el soberano artífice: *Et non relinquent lapidem super lapidem* (*Luc. xix. 44.*).

15. Ah! Quién creyera que de la ignorancia de la negligencia del desprecio de las divinas inspiraciones habia de originarse en una alma tal ruína? Pues ella Oyentes míos, es tan cierta como lo es la de Jerusalem. Quiera Dios que vosotros esteis exentos de semejante culpa y desgracia. En este caso sirvaos de precaucion lo que os he dicho; y para vuestro provecho tomad el consejo que os da S. Bernardo (*in Cant. Serm. LIV.*). Temed dice, cuando el Señor os favorece y visita con sus gracias. Porque ántes las mide y las pesa: os las da con cuenta y razon para pedíros la exactamente en el dia del juicio: *Time cum visitáverit gratia*. Temed cuando Dios retira sus gracias. Porque entónces ó castiga vuestra mala correspondencia ó prueba vuestra vigilancia. Temed; pues estais próximos á caer. Sabéis si volverá á deteneros con sus gracias? Puede ser que si, puede ser que no: *Time cum abíerit gratia*. Y aun cuando vuelva el Señor benigno, usareis de sus nuevos favores segun se merecen? Y una vez malogrados serán los últimos? Temed: *Time cum dénuo revertetur gratia*. Temed siempre; pero con un temor que sea principio de sabiduría no de desesperacion. Temed con un temor saludable que os disponga á recibir los primeros dones y visitas que Dios os haga con reconocimiento con fidelidad con respeto.

16. A los primeros resplandores que esparcen los rayos de la divina justicia, se conmueve la tierra: *Vidit & commota est terra* (*Ps. xcvi. 4.*): á las primeras luces con que Dios alumbra vuestro entendimiento, inmútese vuestra voluntad. A la primer ojeada que dió Jesucristo á S. Pedro, lloró este amargamente sus culpas: el Señor os mira, llorad las vuestras. A las primeras palabras que pronunció Cristo convidándose al Zaqueo, se ofreció este á hospedarle en su casa: el mismo Señor se convida, recibidle en vuestros corazones. Venid dulcísimo Jesus, que ya reconocidos fieles obsequiosos os aguardamos. Venid Señor, á socorrernos para que podamos vencer al demonio. Venid con una gracia que nos haga conocer y arrepentirnos de nuestra ingratitud pasada. Qué liberal habeis sido con nosotros! Qué liberal sois! Pues ahora mismo nos inspirais á que digamos que nos pesa de haber pecado: mas gracia, Señor, para que sea de todo corazón. Gracia dulcísimo Jesus, misericordia, &c.

INTRODUCCION

para la plática de la Dom. nona post Pentecostem. Año 1744.

Flevit super illam dicens: si cognovisses & tu, &c.

17. Que un Dios hombre lllore, me enternece en verdad Señores,

pero no me sorprende; porque contemplo que unido á nuestra humana naturaleza no pudo sujetarse á sus flaquezas, sino por el motivo que señala S. Pablo (*Ad Heb. v. 2.*) de que tuviéramos un Pontífice que supiera compadecerse de nuestra miseria. Ni ménos me sorprende que el mismo Dios llore por las culpas que cometen los pecadores; porque si se alegra tanto de la penitencia de uno solo, que manda á sus ángeles que hagan en el cielo las mas solemnes fiestas (*Luc. xv. 10.*) ¿cuánto ha de sentir las culpas de innumerables pecadores que se pierden á pesar de las gracias que les comunica, y de las lágrimas y sangre que derrama por santificarlos y redimirlos?

18. Todas las veces que leemos en el evangelio que lloró Jesucristo aunque á primer vista parezca que lloró por otros motivos, en verdad lloró por las culpas de los pecadores. Porque si lloró en el pesebre, fué segun dice S. Bernardo (*in Nativ. Dom. Serm. iii. n. 3.*) como fiador de los pecadores. Si lloró sobre el sepulcro de Lázaro, fué dice S. Agustin (*in Joan. cap. xi. Trac. 49.*) por considerar en aquel difunto la hediondez de las costumbres de los pecadores. Y si lloró al mirar á Jerusalén, fué segun dice S. Gerónimo, por contemplar la imágen de la ceguedad de los pecadores. Siempre lloró Jesucristo por respeto de los pecadores; ¿y no lloran los pecadores por correspondencia á Jesucristo? Esto sí que me sorprende, y aun me confunde y me pasma. Ah pecadores, no veis que Jesus llora? No veis que vuestra infelicidad motiva sus lágrimas? *Flevit super illam.* Y no llorais? Sois ciegos no teneis ojos, como no los tenia Jerusalén insensible á los lloros de su Redentor.

19. Cristo señor nuestro señala en el evangelio en lo que consistió la ceguedad de Jerusalén diciendo entre lágrimas que no se acordó de las culpas que cometió en el tiempo pasado para llorarlas: *Si cognovisses & tu*: que no tuvo presentes las gracias que entónces mismo la dispensaba para aprovecharse de ellas: *Et quidem in hac die tua quæ ad pacem tibi*; y finalmente que no preveyó los castigos que la amenazaban para evitarlos: *Nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis.* O qué imprudente fué Jerusalén! Lo fué respecto del tiempo pasado del presente y del futuro. Y por haber sido tan imprudente, por no haber sabido aprovecharse de las ocasiones que le dió el Señor en las muchas veces que fué á visitarla, experimentó la última ruína y desolacion: *Eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ.*

20. Deseara Pecadores, que Jerusalén demolida y arrasada por los emperadores Vespasiano y Tito os sirviera de escarmiento. Deseara que Jerusalén delincuente y castigada os hiciera cuerdos y prudentes en todo tiempo: que os acordarais del tiempo pasado que perdisteis, para recobrarle con la penitencia: que emplearais bien el tiempo presente; y que precavierais los males que os amenazan en el

tiempo futuro. Y principalmente deseara que os aprovecharais de las ocasiones que Dios os da, de las visitas que os hace. Quiero decir, que correspondierais á las gracias y inspiraciones con que os favorece. Porque el resistirlas es vuestra mayor culpa, y de ahí nace vuestra última desgracia; como os haré ver en las dos partes de mi plática, para que con la enmienda enjuguéis las lágrimas que derrama Jesucristo, &c.

JACULATORIAS.

21. Dulcísimo Jesus! Qué mal he conocido vuestros auxilios é inspiraciones! qué descuidado he sido en aprovecharme de ellas! Y con todo insistís en favorecerme? O misericordia infinita! O liberalidad inmensa! Os amo sobre todas las cosas, y digo que me pesa de haberos ofendido.

Benignísimo Jesus! Vos me llamabais, y no os respondia? me socorriais, y os despreciaba? Qué ingratitud qué fiereza! Ya me arrepiento, y os pido perdon.

Amabilísimo Jesus! No retireis vuestras gracias en castigo de haberlas malogrado. No me abandoneis al poder de mi enemigo el demonio. Aunque lo merezco por mi rebeldía, compadeceos de mí por vuestra bondad. Misericordia, Dios mio.

PLÁTICA XCI.

DE LA DOMINICA NONA POST PENTECOSTEM

predicada á 8 de Agosto de 1745, y á 31 de Julio de 1746.

Videns Jesus civitatem flevit super illam dicens: quia si cognovisses Et tu, Et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi: nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis. Luc. XIX. 41. 42.

1. **Q**ue Dios sea admirable en sí y en sus obras lo declaró él mismo cuando preguntándole Jacob cómo se llamaba le respondió: Porqué buscas saber mi nombre que es admirable? *Cur quæris nomen meum, quod est mirabile?* (*Gen. xxxii. 29.*). Y en verdad no hay en la naturaleza cosa alguna por pequeña que sea aunque sea una hormiga, que no dé grande materia á la admiración de su criador. Pero todavía se ostenta Dios mas admirable en algunos de sus atributos, y singularmente en su misericordia y en su justicia; porque no podemos facilmente entender, y así admiramos como Dios es infinitamente misericordioso sin dejar de ser infinitamente justo. Cómo se compadece la ternura y benignidad de la divina misericordia que pondera Salomon en sus cánticos, con el rigor y severidad de la

divina justicia que nos pone delante de los ojos Ezequiel al capítulo V. de sus profecías.

2. Ciertamente vemos que los hombres por su naturaleza misericordiosos frecuentemente faltan á la justicia castigando con demasiada blandura los delitos; y que los hombres por su naturaleza justos castigándolos con demasiado rigor, faltan á la misericordia. Pero esta gran dificultad y repugnancia que se encuentra para que estas dos virtudes en grados heróicos se junten en un mismo hombre, la vence Dios infinitamente perfecto, comprendiendo á entrambas sin que la perfeccion de la una sirva de impedimento á la otra; ántes bien en el mas severo ejercicio de su justicia, qué maravilla! acredita la mayor benignidad de su misericordia. Así nos lo dan á entender las sagradas letras; y especialmente el suceso de nuestro evangelio. Porque ¿cuándo manifestó Dios mejor los rigores de su justicia que en la ruina de Jerusalem? Qué estragos no hizo en sus habitantes la hambre la peste y el hierro? En el tiempo que duró su sitio no murieron dentro de sus muros un millon y cien mil hombres? Y luego despues no hicieron los romanos noventa y siete mil cautivos? Quedó piedra sobre piedra de todos sus excelsos suntuosos edificios? No se ha visto Señores, en el mundo despues de su universal diluvio otra calamidad igual á la de Jerusalem, otro efecto mas terrible de la divina justicia.

3. Pues entónces mismo cuando pronosticó Jesucristo en el evangelio lo que su justicia haria padecer á aquella ciudad, entónces mismo dió las mas claras señales de su misericordia. Porque al poner los ojos en ella airado, se puso á llorar compadecido. Apenas prorumpió en amenazas, hubo de interrumpirlas con sollozos; y con la misma boca que las proferia hubo de beberse las lágrimas que por los ojos derramaba: *Videns civitatem flevit super eam*. No supo el Señor hablar del castigo sin manifestar su disgusto y el deseo que tenia de no castigarla. Ojalá dijo, vieses ó Jerusalem, el bien que te traigo con la paz que te anuncio! Pero ah! tienes los ojos cerrados, y cuando ménos pienses vendrán con la guerra tus enemigos á arruinar-te: *Si cognovisses & tu*. Y aun mas no supo el Señor amenazarla sin señalar el justo motivo de su amenaza, diciendo que la castigaria, porque no reconocia los favores que la habia hecho viniendo desde los cielos á visitarla: *Eo quod non cognoveris tempus visitationis tue* (*Luc. XIX. 44.*).

4. ¿Puede ser Oyentes míos, mas admirable el enlace de la misericordia y justicia de nuestro Dios de lo que fué y se aparece en este suceso? Sin embargo confieso que no debemos admirarnos, si no lo hacemos de lo que acontece muchas veces; porque Dios ejecuta en todos nosotros lo mismo que ejecutó en Jerusalem. A semejanza de lo que hizo en aquella ciudad símbolo de nuestras almas nos visita con

sus gracias, nos socorre con sus sacramentos, y tal vez por nuestra mala correspondencia y obstinacion nos amenaza y nos castiga. Tenedlo entendido Fieles mios, y si no os admirais, escarmentad en cabeza de la infeliz Jerusalem. Yo para que os sean mas sensibles los efectos de la misericordia y justicia divina, os haré ver en el discurso de mi plática la fineza y ternura con que Dios nos ama: la pena y violencia con que nos deja: y la severidad y rigor con que nos castiga. Todo á fin de que procureis amar y temer á Dios misericordioso y justiciero.

Primera parte.

5. Son muchos los símiles de que se valió Dios para manifestarnos su grande amor; pero á mi juicio es mas propio y expresivo aquel en que le compara al amor que una madre tiene á sus hijos; porque al mismo tiempo declara la fineza y la causa de su amor. Pues así como la madre mira á su hijo como una porcion de su substancia, le llevó nueve meses en su vientre, le dió á luz á costa de muchos dolores, y le alimentó con la leche de sus pechos: así Dios hecho hombre nos engendró espiritualmente con la virtud de su sangre, nos llevó en el seno de su misericordia, nos parió en el árbol de la cruz, y nos sustenta con los sacramentos que manaron de su costado. No hay duda que el habernos Dios criado y el ser nuestro padre, es fuerte motivo para que nos ame; pero lo es mucho mas el habernos reengendrado como madre nuestra. Porque en criarnos ó producirnos no tuvo el menor trabajo: lo hizo segun se explica el sabio, como jugando: *Ludens in orbe terrarum* (*Prov. viii. 31.*). Pero el reengendrarnos le costó no ménos que el perder la honra y la vida. Y como lo que mas nos cuesta nos es mas precioso; y cuanto mas damos por adquirirlo taanto es mayor nuestro cuidado por conservarlo: qué estimacion hará Jesucristo de nosotros? Cuan grande será su amor? Tanto como pueda serlo el que tiene la mejor madre á sus hijos.

6. Mas qué digo? Anduve corto en comparar el amoroso vínculo que une á Dios con nosotros con el vínculo que une á una madre con sus hijos. Porque en fin el hijo al nacer se separa de su madre; pero nosotros al renacer por la gracia, en lugar de separarnos nos unimos intimamente con Jesucristo. Pues no somos Cristianos mios, como decia S. Agustin con S. Pablo (*Ephes. I. 22. iv. 13. I. Cor. xii. 27.*) no somos solamente vasallos de su reino soldados de su ejército: somos miembros, componemos un mismo cuerpo con Jesucristo que como cabeza nuestra nos ama y se une con nosotros con aquella misma ternura y estrechez con que ama y se une la cabeza con las partes del cuerpo natural. No sabeis Señores, que la cabeza en que residen los sentidos y potencias, es la que da movimiento á nuestro cuer-

cuerpo, la que mira por la conservacion de sus partes? No habeis visto que cuando llega el caso de cortarnos una mano, la cabeza con la lengua se lamenta, con los ojos llora? Y no habeis reparado que la mano en correspondencia del amor que la cabeza la tiene, se espone al golpe por preservarla? Pues asimismo Jesucristo da con sus auxilios movimiento á nuestras almas, se interesa en nuestra conservacion, llora y gime si acaso alguno de nosotros se corta, ó por su culpa se aparta de su cuerpo. Y cuán justo fuera que nos espusieramos á perder la vida en su obsequio?

7. Si acaso estas espresiones que inculca S. Pablo á cada paso para darnos á entender lo mucho que Jesucristo nos ama y la grande obligacion que tenemos de amarle, os parecen imperceptibles y figuradas: poned los ojos en el evangelio, y vereis la fortaleza y la priesa con que su magestad busca á los mismos que dentro de pocos dias le han de crucificar: vereis que para prueba del gusto con que ha de morir por nosotros, permite que los Jerosolimitanos le reciban en su ciudad con palmas en las manos, le aplaudan y victoreen como triunfante. Verdad es que luego se pone á llorar amargamente. Mas no llora porque contemple próxima su muerte: no llora porque ve el calvario en que ha de morir: llora porque viendo á Jerusalem se le representa su ruína: *Videns civitatem flevit super illam*. Y aun si bien se mira, no llora la ruína de sus muros de sus palacios y de su templo; sino que llora la ruína de los pecadores á los cuales simbolizaba aquella ciudad arruinada.

8. Tres veces lemos que lloró Jesucristo, y todas tres lloró por respeto y amor nuestro. Lloró en este dia por el motivo que acabo de deciros. Lloró en la muerte de Lázaro porque en aquel difunto hediondo miró la imágen de un pecador corrompido en sus costumbres. Y lloró al morir en la cruz, porque tuvo presente que muchos malograrian el fruto de su sangre y la eficacia de su muerte. Ah! qué notorio qué tierno es Señores, el amor que Jesus nos tiene! Pudo dar otro testimonio mas auténtico que el de sus lágrimas? Al verle llorar los judíos en la muerte de Lázaro (*Joan. xi. 35. 36.*) ¿no se dieron por convencidos de que le amaba mucho? Y nosotros hemos de dudar que nos ama tiernamente cuando no una sino muchas veces llora por nuestro amor? No por cierto. Lo confesamos abiertamente, y confesamos asimismo que es grande la pena y violencia que padece cuando nos deja, y nos apartamos de su amistad y compañía.

Segunda parte.

9. Discurro que basta para prueba de esta verdad que me propuse persuadiros en la segunda parte de mi plática; lo mismo que acabais de oír. Porque no son las lágrimas los mas eficaces argumen-

tos de una pena? Bien que no lo sean las de los niños y las de las mugeres, ¿pueden dejar de serlo las de un varón tan fuerte como Jesucristo? Digan los que dicen que no saben ó no pueden llorar que sienten una pena mas que los que lloran, que yo les diré que habremos de creerlos sobre su palabra y en fuerza de la calidad del suceso que los aflige; pues les falta en las lágrimas la mejor señal de su sentimiento. Lo cierto es que no pueden gloriarse de que no saben llorar; pues los mayores héroes del mundo lloraron, y no sé que haya habido algun capitán esclarecido que no llorara. Lloró Alejandro la muerte de Dario: César la de Pompeyo: Hernán Cortes la de Motezuma. Lloró David: y en fin lloró Jesucristo. De suerte que si alguno no supiera reír, pudiera gloriarse mejor que los que no saben llorar; supuesto que constándonos que el Señor lloró muchas veces, no nos consta que jamás riera.

10. Pero no quiero apartarme mas con esta digresion del asunto. Y así dejando á las lágrimas que derramó Jesucristo toda la eficacia para persuadirnos que es inmensa la pena que tiene en la pérdida de los pecadores, busquemos en la sagrada escritura otras razones que la convezan. Yo encuentro que cuando Dios irritado por los enormes infames delitos de los Sodomitas resolvió bajar á la tierra á castigarlos, manifestó bastantemente la repugnancia con que lo hacia: pues pasándose por casa de Abraán hizo que le guiara, como si no supiera el camino de las ciudades nefandas: *Erat Abraham deducens eum* (*Gen. xviii. 16.*). Y era tan grande la pena que tenia de destruirlas, que á nuestro modo de entender se la comunicó á aquel patriarca para desahogarla, y para que viera cuan inclinado estaba á perdonarlas. Pues diciéndole: Señor si hubiera cincuenta justos en Sodoma, no perdonarais á los otros por su respeto? Si respondió el Señor, aunque no hubiera mas que veinte, aunque no hubiera sino diez. O qué inefable es, concluye S. Juan Crisóstomo, la misericordia de un Dios que con tanta facilidad perdona, y con tanto disgusto y aun con violencia castiga!

11. No os sorprenda Señores, esta voz como opuesta á la infinita soberanía y poder de nuestro Dios. Porque es cierto que en algun modo haceis dos especies de violencia á Dios: una á su justicia, otra á su misericordia. Os humillais arrepentidos? Haceis violencia á su justicia. Os obstináis en la culpa? Haceis violencia á su misericordia. Así nos lo dió á entender el mismo Dios cuando rogándole Moyses que perdonara al pueblo de Israel merecedor por su idolatría del mayor castigo, le decia (*Exod. xxxii. 10.*): No me ruegues: no me ates las manos: déjame vengar de ese pueblo ingrato infiel. Y esta violencia que le hizo Moyses, y que haceis á su justicia siempre que le pedís perdon, es en sentir de Tertuliano muy agradable á Dios. Cuando al contrario si os obstináis en la culpa, haceis á su miseri-

cordia una violencia que le desagrada, y le affige del modo que es capaz de affigirse.

12. Pero todavía debo esplicarme mas, y satisfacer á la dificultad que teneis de entender cómo Dios repugnando y sintiendo apartarse de nosotros, sin embargo lo ejecuta. Y para ello supongo que entre todas las criaturas solamente el hombre en fuerza de su libertad puede en algun modo resistir á la voluntad de Dios. Y supongo asimismo tambien que cada tentacion nuestra es una batalla en que Dios y el demonio como que pelean sobre la posesion de nuestras almas: Mas no pelean solos: que si así fuera sin duda quedara el demonio vencido, como lo quedó Luzbel cuando se atrevió á apostárselas con su magestad. Peleamos tambien nosotros; y si nos ponemos de parte de Dios queda vencedor: si de parte del demonio queda vencido. Porque aunque pueda, no quiere el Señor vencer sin nosotros, para que si vence, sea nuestro el mérito de la victoria; y si es vencido, sea culpa nuestra el perder su gracia, y el que se aparte de nuestra compañía.

13. En Ezequiel encuentro comprobada esta verdad. Viendo el profeta que Dios abandonaba el templo de Jerusalem, y diciéndole: Cómo os olvidais de vuestras promesas? Cómo dejais ese lugar que elegisteis para vuestra habitacion? Le respondió el Señor (*Ezech. viii.*): Rompe ese muro, y mira que los mas ancianos del pueblo se postran delante de los ídolos: mira que aquellas mugeres desgreñadas lloran la muerte del impuro Adonis: mira que aquellos vueltos de espaldas á mi altar adoran el sol que nace. Pues profeta, puedo yo quedarme entre esas detestables deidades? Puedo recibir el incienso de unas manos sacrílegas que le ofrecen á los ídolos. No. No es justo. Debo salir y dejar el santuario: *Recedam á sanctuario meo* (*Ibid.* 16.) Y del mismo modo Oyentes míos, procede y habla Dios con los pecadores que siendo templos suyos dieron entrada al pecado y al demonio. O si yo pudiera romper el muro y penetrar vuestros interiores! Cómo viera en el corazon del iracundo al ídolo de Marte á quien sacrifica las venganzas que ejecuta! Cómo viera en el corazon de aquel avaro los ídolos de Mercurio y de Saturno á quienes sacrifica las usuras que comete! Cómo viera en el corazon de aquella deshonesta los ídolos de Venus y de Adonis á quienes sacrifica los impuros deleites que la entorpecen! Y como oyera la voz del Señor que apartándose de ellos á mas no poder, publicará la razon con que los abandona: *Recedam á sanctuario meo.*

Tercera parte.

14. Ya no esperéis Pecadores, que os hable de los efectos de la misericordia de Dios. Una vez que le hicisteis la mayor violencia obstinándoos en la culpa, debo proponeros los efectos terribles de su

justicia. No despreciasteis sus gracias? No abusasteis de sus sacramentos? No hicisteis del de la penitencia y del pecado un círculo detestable? No os confesasteis hoy para pecar mañana? Qué os aprovechó el que Dios hecho hombre médico celestial viniera á visitaros si ni oísteis lo que os ordenaba ni tomasteis á su tiempo la medicina? Ah! Si le hubieseis conocido! *Si cognovisses & tu*. Pero no le conocisteis, le echasteis de vuestras almas, y en castigo de vuestra obstinacion quedasteis ciegos y deslumbrados: *Nunc autem abscondita sunt ab óculis tuis*.

15. En la esposicion de estas palabras que nos representan á Jerusalem destituida de la proteccion y del socorro de Dios se lamentan los santos padres de aquellos pecadores que se hicieron indignos, y están privados de los auxilios de la divina gracia. No puede darse Oyentes míos, castigo mas terrible: es legítimo infalible antecedente del infierno. Y no penseis que estos infelices solamente se encuentran entre los infieles. Entre los cristianos se encuentran muchos; y tal vez entre vosotros algunos abandonados de la misericordia de Dios. Con el entendimiento ciego, la voluntad depravada, el corazon empedernido caminais por el camino de la divina justicia sin que jamas paseis al de la misericordia; porque el Señor, como se explica S. Agustin, puso un muro que quita la comunicacion entre estos dos caminos. Y sin embargo caminais, vivís muy alegres muy gozosos y muy confiados de que encontrareis propicia cuando implorareis la divina misericordia.

16. Pero en esto consiste vuestra mayor desgracia. Porque al modo que los romanos sitiaron á Jerusalem, así cuando esteis mas entretenidos llegará la hora destinada de vuestra muerte; y los demonios que tienen vuestra alma mucho tiempo ha sitiada, estrecharán mas el sitio, doblarán las baterías. Entónces dice S. Gregorio, el espíritu de la lascivia os pintará con vivos colores los deleites: el espíritu de la avaricia os representará apétecibles las riquezas: el espíritu de la ira os propondrá agradables las venganzas. Y como estos inmundos espíritus hallarán auxiliares suyos á vuestras malas costumbres, á vuestras rebeldes pasiones, y sin otra defensa de vuestra parte que una confianza vana un arrepentimiento aparente, entrarán en vuestra alma y se la llevarán cautiva al infierno.

17. Ay! Ay! Fieles míos! Aunque Jesucristo al parecer llora la desgracia de Jerusalem, en verdad llora la vuestra: *Videns civitatem flevit super illam*. Sus lágrimas que convencen lo fino de su amor lo acerbo de su pena, no ménos convencen lo funesto de vuestra desgracia; y no os enternecen? Deplorable es vuestra insensibilidad, cierto vuestro abandono. No ha de ser así, Fieles míos. No ha de ser así, dulcísimo Jesus. Debo deshacerme en lágrimas al ver las vuestras. Vuestros ojos anublados: bañadas vuestras mejillas; y no

he de llorar? Vuestro rostro en que desean mirarse los ángeles entristecido por mi culpa, ¿y el mio ha de estar muy sereno? No podia hacer mayor injuria á vuestro tierno amor. Llora con Vos, ó ino- centísimo cordero, el haber sido pecador: me pesa de haberos ofen- dido. Abrazado con vuestros pies haré violencia á vuestra justicia, os diré con el patriarca Jacob (*Gen. xxxii. 26*): *Non dimittam te ni- si benedixeris mihi*. No me apartaré de Vos hasta que me echeis vuestra bendicion. Lo que no merecen mis lágrimas, lo merecen las vuestras. Perdonadme por vuestros propios méritos. Misericordia, &c.

PLÁTICA XCII.

DE LA DOMINICA X. POST PENTECOSTEM

predicada á 30 de Julio de 1741, 11 de Agosto de 1743, y á 7 Agosto 1746.

Dixit Jesus parabolam istam: Duo homines ascenderunt in templum ut orarent: unus Phariseus, & alter Publicanus. Lucæ XVIII. 9. 10.

1. En la parábola del evangelio de este dia nos lleva la ma- gestad de Cristo al templo para que veamos á dos hombres que su- bieron á orar, uno fariseo y otro publicano. El fariseo que está en pie junto al altar jactancioso publica que ayuna dos veces á la sema- na, y da á Dios el diezmo de cuanto posee: muy satisfecho de sí mismo se gloria que no es ladrón ni es adúltero ni es injusto, que no es como los demas hombres ni como aquel publicano: *Non sum si- cut ceteri hominum.... velut etiam hic publicanus*. Al contrario el pu- blicano no se atreve á acercarse al tabernáculo, y compungido hiere con duros golpes su pecho: no se atreve á levantar sus ojos al cielo, y humillado pide á Dios que le perdone: *Deus propitius esto mihi peccatori*.

2. Estraño admirable espectáculo! Misteriosa parábola! con que Cristo señor nuestro á juicio de S. Gerónimo, quiso persuadirnos que huyéramos de la soberbia vicio capital, y buscáramos la humildad fundamento de todas las virtudes. Porque lo mas fiero lo mas injurioso lo mas opuesto á la caridad y á la justicia se descubre en la persona del fariseo. Qué vana confianza en sus falsas virtudes! Qué ridícula ostencion de sus pretendidos talentos! Qué desdeñoso insolente des- precio de sus prójimos! No contento con engrandecer su propio ima- ginario mérito, desacredita maliciosamente á los otros: en la odiosa comparacion que hace de todos los hombres consigo, declara á su fa- vor la ventaja con desdoro ageno. Y aun cuando hipócrita da gracias

á Dios de las virtudes que cree tener, malignante fiscaliza los vicios que atribuye á los demas: *Gratias tibi ago quia non sum sicut cæteri hominum; raptores injusti adulteri.*

3. En la persona del publicano en su conducta y sus palabras se descubre lo mas modesto lo mas sincero lo mas propio para conciliarse la amistad de Dios y de los hombres. Qué humilde cede el primer lugar al fariseo? Con qué profundo respeto adora la infinita magestad de Dios? Se queda junto á la puerta del templo: fija sus ojos en el suelo, y confundido del horror y gravedad del peso de sus culpas, hiriéndose el pecho exclama: Señor, tened misericordia de mí: *Propitius esto mihi peccatori.* Cuando esta contraposicion que habeis oído no bastará Señores, á haceros odiosa la soberbia y amable la humildad, bastará el oír que Jesucristo declara réprobo al fariseo, y justo al publicano: *Dico vobis, descendit hic justificatus in domum suam ab illo.* Bastará el que consulteis la razon y el evangelio. Como hombres teneis á la razon por guía; como cristianos teneis el evangelio por regla. Como hombres y como cristianos estais obligados á ser humildes. En la razon natural hallareis razones con que condenar la soberbia: en el evangelio encontrareis motivos con que destruirla. Escuchad hombres á la razon que os enseña porqué debéis humillaros. Escuchad cristianos el evangelio que os enseña como debéis humillaros. Y escuchadme Señores, os ruego, miéntas discurro sobre estas dos verdades que han de ser el asunto de mi plática.

Primera parte.

4. Lo que somos lo que poseemos lo que tratamos, la naturaleza la fortuna la sociedad civil nos están dando continuas lecciones de humildad. Todo esto prescindiendo de los principios de nuestra fe, nos manifiesta la sinrazon del orgullo y vanidad de los hombres. Porque desvanecerse de las ventajas de un nacimiento ilustre es desconocerse: valerse de la fortuna para una jactancia orgullosa es hacerse odioso: faltar á las reglas de la civilidad en el trato es hacerse insoportable. Y esto la recta sana razon natural lo dicta; pues hasta los gentiles lo conocieron. Y aunque por una ceguedad deplorable llevaron una conducta del todo contraria á las reglas de la filosofía moral que leemos en sus escritos: con todo en sentir de S. Agustin, con ellos contribuyeron á preparar los caminos del evangelio; siendo sus libros semejantes á las inscripciones de aquellas columnas que colocadas en los caminos reales sin moverse demuestran por donde debemos ir para no errar.

5. Qué es el hombre mas ilustre? No se lo pregunto á Job (xiv. 1.) para que me repita, que todo su patrimonio se reduce á nacer de una muger, vivir poco llorar mucho morir luego. No lo pregunto á David á Salomon ni á Isaiás; que inspirados de Dios di-

Jerón, que el hombre es una sombra un sueño un compuesto de vanidad afliccion y miseria. No. Quiero como se explican los santos padres adornar el templo del Señor con los despojos de Samaria. Quiero quitar al soberbio infiel Egipto los vasos profanos, para dedicarlos al culto del verdadero Dios. Quiero arguir contra la soberbia con los testimonios de los mas soberbios. A los filósofos gentiles á quienes Tertuliano llama animales de gloria, pregunto: Qué es el hombre? Y me responden: que ántes de nacer es una masa informe, nacido miseria y muerto corrupcion. Ellos me dicen, que la naturaleza traia peor á los hombres que á los demas animales; porque á estos les da armas con que defenderse, yerbas de que alimentarse, y una dura piel con que cubrirse: pero aquellos vienen al mundo con miembros delicados, y sin armas sin vestido sin defensa, al modo que llegan por casualidad á la playa los que arrojó al mar un naufragio.

6. Es menester cerrar los ojos á las luces de la razon, para no ver cuán irracional es la soberbia. Hombres, qué puede desvaneceros? La robusta salud que gozais? Huye como la sombra; y estais continuamente espuestos á que una calentura una jaqueca una gota habitual os la robe, y con ella todo el gusto. Mugereres qué es el asunto de vuestra vanidad? La hermosura? Que jamas os haya de venir al pensamiento que ella es como una feble delgada tela que brilla sobre la superficie de unas cenizas? que no es mas que una flor delicada, que á pocos soles se marchita? que no es mas que un agregado de partes con cierta proporcion, que una enfermedad descompone desfigura, y una muerte hace horrible? Si lo pensarais una y otra vez, yo aseguro que no idolatrarais en vosotros mismos ni recibirais con tanto gusto las adoraciones de vuestros idólatras. Pues el casto esposo decia á su amada: Eres la mas hermosa de las mugeres; pero si llegas á desconocerte, sigue las huellas que tu rebaño deja en el polvo, y verás en él lo mismo en que has de parar: *Sí ignoras te, ó pulcherrima mulierum, egrédere, & abi post vestigia gregum* (Cant. i. 7.).

7. Tampoco las riquezas que poseeis pueden ser título para pretender ser preferidos á los demas. Porque la razon natural no permite el que faltos de méritos personales hagais ostentacion de los bienes que no son vuestros, sino de la fortuna. Y aun el mundo aunque tan corrompido, culpa el que á imitacion de los israelitas haciendo de vuestras riquezas un ídolo, le pongais á los ojos de todos para celebrarle fiestas en los convites que haceis, en las galas que rozais, y en los palacios que erigís. El mundo hace justicia á los ricos soberbios y á los pobres humildes, porque se alegra de ver á estos exaltados y á aquellos abatidos: aborrece y murmura del orgullo de unos, alaba y ama la modestia de otros. Veis, dice el fariseo en nombre del mundo, veis á este rico opulento? y a le ví pedir limos-

na. Veis los galones que cubren su vestido? yo conocí á sus padres bien desnudos. Veis la magnífica casa que habita? yo la he visto fabricar sobre las ruínas de aquellas que derribó con sus usuras. Y aun cuando las riquezas son heredadas ó bien adquiridas, si quien las posee es soberbio, se concilia el ódio del mundo que no pudiendo sufrir su vanidad, para ajarla averigua las manchas de su genealogía, y publica todas sus faltas.

8. Yo os confieso Oyentes míos, que en los mayores concursos del pueblo, al ver las notas de soberbia en los semblantes de unos, y en las palabras movimientos y acciones de otros, ó sin ser Demócrito me rio de su simpleza, ó sin ser Heráclito lloro su desgracia, porque aquellos soberbios cargados de oro y plata se me representan semejantes á la estatua de Nabuco, y estoy temiendo que se desprenda del monte de la divina justicia una piedra que dando en sus pies de barro, los reduzca á polvo. Y me lastimo que pudiendo grangearse la universal estimacion y aprecio solo con ser humildes, quieran comprar con la vanidad que hacen de sus riquezas ó nobleza, el ser aborrecidos y despreciados. Pues desengañense que lo serán á los ojos de Dios y del mundo, mientras serán soberbios; porque quebrantan las sagradas leyes de la sociedad civil.

9. Todos siendo partes de un mismo cuerpo político estamos obligados á vivir, á tratar, y á comerciar mutuamente. Pero esta paz y recíproca union no puede conservarse si no somos afables sufridos, si no tenemos aquellas virtudes oficiosas, cuyo fundamento es la humildad. Cómo, si con un aire fiero con una rústica impolítica con una voz ágría con un sobrecejo desapacible, si con otras señas y palabras desdeñosas apartamos de nosotros á los que se nos acercan, cómo pueden dejar de mirarnos con los mismos ojos? Cómo puede evitarse la discordia? Cómo puede mantenerse la sociedad civil? De ninguna manera. Por eso solo ni la hermosura ni la nobleza ni las riquezas pueden cohonestar la soberbia.

10. Mas no quisiera que al oír reprender este vicio, creyerais que solo los que se hallan favorecidos de la naturaleza y de la fortuna pueden ser soberbios. No es así. Hay muchísimos pobres soberbios, porque astuto el demonio les finge no sé qué motivos para desvanecerse. Pero me he hecho el cargo, que una vez convencido el asunto en aquellos quedaba convencido en estos. Y mas cuando veo que escasa la naturaleza y adversa la fortuna conspiran á humillar al pobre, y que este á su pesar se ensoberbece; qué puedo decirle, si no lo que dijo Séneca: Que un pobre desvalido y soberbio es un loco incurable? Pero hasta cuándo he de hablaros como filósofo gentil? Lo que habeis oído lo decia el Crisóstomo en una homilía al pueblo Antioqueno; mas ya es tiempo de que os hable con el mismo Crisóstomo como cristiano. Habeis visto que la naturaleza la fortuna

y la sociedad civil hacen necesaria la humildad en los hombres: ahora vereis lo que la hace útil y meritoria en los cristianos. Habeis visto en la razon natural porqué debeis humillaros; y en la segunda parte vereis en el evangelio, cómo debeis humillaros.

Segunda parte.

12. Si la soberbia como prueba mi angélico maestro santo Tomas (2. 2. q. 82. a. 1.) fué el primer pecado del mundo, tambien es á su juicio el mas dañoso de todos los pecados; porque es el origen funesto de todos ellos; y porque hipócrita contrahace la mayor parte de las virtudes. La caridad hace limosnas? tambien la soberbia. La castidad tiene sus vírgenes? la soberbia tiene sus vestales. La moderacion endulza el genio áspero? la soberbia aplaca la mayor fiereza. La clemencia perdona las injurias? la soberbia facilita la reconciliacion. El ayuno y el martirio tienen sus santos? la soberbia tiene sus ayunadores y penitentes. En fin la humildad se cubre de cilicios y ceniza, y habla de sí modestamente? la soberbia hurta los labios y la lengua á su enemigo, y como decia S. Bernardo (*De Grad. Humil.*) para ennoblecerse se disfraza con el hermoso traje de la humildad: *Gloriosa res humilitas, qua ipsa superbia paliare se appetit ne vilescat.* Por eso cuanto mas nos importa el no engañarnos tomando la falsa humildad por la verdadera, tanto es mas difícil el conocerlas y distinguirlas. Pero gracias os sean dadas, ó divino Maestro! de que nos habeis advertido las engañosas sorpresas de un pecado tan artificioso y tan maligno: de que nos habeis enseñado con la instruccion y el ejemplo con la doctrina y las obras, en que consiste la verdadera humildad, cuyas reglas solo Vos sois capaz de darlas, cuyo carácter nos demostrasteis para que no nos dejáramos llevar de las ilusiones de la falsa.

12. Llamo falsa humildad á aquella cuyas especies nos describen Ricardo y Hugo de S. Victor. Hay, dicen, una humildad artificiosa y política, otra feroz intratable, otra condicional y á medias, otra inquieta y violenta: todas falsas humildades reprobadas por Jesu-
cristo. La primera por estar llena de disimulo: la segunda por la dureza que le quita el agrado: la tercera por conservar alguna mezcla de soberbia: la cuarta por no nacer del corazon. A la primera le falta sinceridad, á la segunda dulzura, á la tercera integridad, á la cuarta voluntad. Fueron estas Dios mio, las especies de humildad que Vos practicasteis en el mundo? No. La vuestra fué sincera sin disimulo, fué dulce sin amargura, fué perfecta sin reservas, fué voluntaria sin disgusto. Y así quisisteis que fuera la nuestra.

13. Bajo este principio no llamo humildes á los que lo sois para alcanzar mas facilmente el fin que pretendéis, ó bien sea de vanagloria ó de conveniencia. Algunas veces os humillais á los que os han

injuriado: os alaban, y eso es lo que buscáis. Si os conocieran bien, verian que os humillais para mas abatir á vuestro enemigo, condeñando su orgullo inflexible con vuestra sumision orgullosa con vuestra flexibilidad hipócrita. Yo os llamara verdaderamente humildes, si lo hicierais por amor de la virtud y por Dios: si atendierais ménos á lo que dicen las criaturas que á lo que ordena el criador: si con una conducta sencilla sencilla ingénuo conservarais en vuestro corazon el espíritu de Jesucristo.

14. Tampoco llamo humildes á aquellos que un amargo áspero zelo hace fieros é intratables: que apartados por su genio de las diversiones del siglo, no pueden sufrir que otros usen con moderacion de las mas honestas: que por una pretendida regularidad de vida creen tener derecho para condenar todo lo que irrita su bilis piadosa: que obligados á humillarse á algunos, como que se vengan tratando con un aire imperioso y severo á otros. Yo les llamara verdaderamente humildes, si siendo severos consigo mismo fueran dulces con sus prójimos, tolerando y corrigiendo con blandura sus defectos: si tuvieran una caridad, que paciente benigna oficiosa, como la llama S. Pablo (*I. Cor. xiii. 4.*) ni se irrita ni se engrie ni se ofende: que desinteresada, es toda para todos, á fin de ganar á todos para Jesucristo.

15. Bajo el mismo principio no llamo humildes á los que lo sois con reserva y á medias: que lo sois ó lo parecis en ciertos casos, y en otros no quereis serlo: que confesais culpas ligeras callando las que pudieran confundiros: que hablais mal de vosotros sin poder sufrir que otros os le digan: que queriendo parecer despreciables, os irritais á la menor seña de desprecio: que conociendo que todo es vanidad sin virtud, buscáis á la virtud por la vanidad. Sereis verdaderamente humildes si lo sois en toda suerte de estados, tanto prósperos como adversos: si superiores á las alabanzas por el desprecio que hareis de ellas, y á los oprobrios por la indiferencia con que los oireis, caminais á un paso igual en los caminos del Señor.

16. Buscad unicamente la mayor gloria de Dios y su gusto, sin tener deseo mas ardiente que el de obedecerle y agradarle: dolor mas vivo que el de haberle ofendido: ansia mayor que la de hacerle un sacrificio absoluto y entero de todas vuestras pasiones. No sea vuestra humildad violenta y forzada, que seria villana: no sea mal sufrida, que seria inútil: sea como la de Job, voluntaria apacible: sea como la de Jesucristo, interior absoluta perfecta: sea como una virtud universal, que encierre en sí la prudencia la templanza la fortaleza la pobreza la misericordia la obediencia y la negacion de sí mismo.

17. Sois de esta suerte humildes? Pues sois aquellos sabios eminentes que conociendo la grandeza del criador y la bajeza de la cria-

tura, aciertan á dar á cada uno lo que se le debe. Sois verdaderamente humildes? Pues ya teneis aquella especie de templanza heroica que corrige el desordenado apetito de la vanagloria. Sois de esta suerte humildes? Pues ya sois aquellos fuertes brazos de Israel que rinden á los soberbios Goliates: aquellos pobres del evangelio que huyendo de los bienes temporales, solo buscan los eternos: aquellos hombres piadosos y caritativos que solo miran como complacer á sus prójimos: aquellos hombres obedientes en todo resignados á la voluntad de Dios.

18. Amabilísimo Jesus! Adorado Redentor nuestro! que venisteis al mundo á ser el maestro y el ejemplar de la mansedumbre y humildad, solo Vos podeis abrirnos los ojos para que conozcamos cuanto nos importa tener esa virtud admirable que encierra en sí toda la perfeccion cristiana: solo Vos podeis darnos fuerzas para adquirirla. Vos Señor, sois la guía la verdad y la vida: sedlo para nosotros. Como guía, conducidnos por la recta estrecha senda por donde caminasteis: como verdad, instruidnos en aquellas máximas que ocultasteis á los sabios soberbios del siglo, y revelasteis á los rudos pequenuelos: como vida, fortaleced animad la flaqueza y pusilanidad en que nos hallamos cuando se trata de abatirnos y humillarnos. Hasta ahora Dios mio, hemos andado las espaciosas calles de la vanidad: hemos oído al mundo que no enseña sino soberbia. Pero ya que advertimos que nos llamais al magisterio de la humildad (*Matt. xi. 29*): *Discite á me, quia mitis sum & humilis corde*: á imitacion del publicano, arrepentidos humillados os pedimos perdon de nuestras pasadas culpas: *Propitius esto mihi peccatori*. Nos pesa Señor, de haberos ofendido, tened misericordia, &c.

JACULATORIAS.

19. Adorado Jesus mio! Hasta ahora no me conocia á mí mismo, y por eso era vano y soberbio. Pero ya la razon natural me hace ver mi flaqueza mi miseria mi nada: y así humillado os pido misericordia, y arrepentido os digo que me pesa.

Amabilísimo Jesus! Vos venisteis al mundo á ser el maestro de la verdadera humildad; y Vos solo podeis abrirme los ojos, para que conozca cuanto me importa el ser humilde. Ilustrad Señor, mi entendimiento para que acierte á pedir os perdon de mis vanidades. Perdonadme, Dios mio.

Dulcísimo Jesus! Vos venisteis al mundo á ser el ejemplar de la humildad, y solo Vos podeis darme fuerzas para humillarme. Imploro Señor, los auxilios de vuestra gracia. Asistidme Señor, piedad misericordia.